



Oficinas: Núñez de Arce, 12.

# TOLEDO

Revista semanal de Arte.

## ARTE E HISTORIA

El espíritu más pacífico se subleva, ante las calmas incomprensibles de los que debieran desplegar en favor de este pueblo regio, dueño absoluto de lo bello, su iniciativa y actividad. Ellos no hacen nada, no piensan nada, no se preocupan de nada, nada.

Exige la atención de todos y son muy pocos los que se la dedican; apenas hay *chiflados*, como clama la plebe, que se ocupan de estas cosas tan raras como *sosas*.

Y así hacemos patria, así creamos el Toledo presente, en el ambiente falso de una libertad que no puede existir y de unas leyes que no deben acatarse. Así no puede ser, rotundamente, categóricamente.

Es Toledo mucho para merecer tan poco. Contra la gran obra, no puede haber obstáculo. Es ella lo coloso: el todo.

### Entrada de Felipe II en Toledo.

Ha venido a mis manos un certificado expedido en 1559 por el escribano del Ayuntamiento de Toledo, Rodrigo Ponce de León, del acta de la entrada en la ciudad imperial de Felipe II en su primera visita, con ocasión de celebrar allí sus bodas, relatándose minuciosamente el ceremonial con que fué recibido, y, no estando publicado, me ha parecido muy conveniente dar noticia de este acto sumamente interesante por los pormenores que contiene. Felipe II, tal como lo representa Tiziano en el magnífico retrato que se conserva en Madrid en el Museo del Prado, llegó a Toledo el domingo 26 de Noviembre de 1559, y para recibirle se reunieron en las Casas Capitulares los regidores y jurados con el corregidor y las justicias y salieron de allí en este orden:

Cuatro fieles vestidos con ropas de damasco carmesí guarnecidas de terciopelo del mismo color, y dos de ellos llevando las mazas de plata doradas. Seguían los jurados con ropas francesas de terciopelo carmesí, con los forros de vuelta, ruedo y capillo de raso blanco, calzas y jubones de seda blanca, medias de aguja de seda, zapatos de terciopelo blanco y gorras de terciopelo carmesí aderezadas con plumas rojas y blancas y ojales de piedras y perlas y al cuello cadena de oro.

Seguidamente iban los regidores y las justicias con ropas rozagantes hasta los

pies de terciopelo carmesí amoratado, con los forros de raso blanco, jubones y calzas de terciopelo y raso morado, medias de aguja y zapatos y gorras de lo mismo y las gorras sin plumas ni aderezo y una hebilla con rosca sobre el hombro izquierdo. Cerraban la marcha el corregidor Marqués de Falces, llevando a la derecha a D. Fernando de Silva, alcalde mayor de las alzadas, y a la izquierda a D. Pedro López de Ayala, Conde de Fuensalida alguacil mayor, con los mismos trajes que los regidores y sus varas de justicia en las manos. Iban todos en dos filas a caballo y entre filas el escribano del Cabildo Rodrigo Ponce de León con su lugarteniente vestidos como los jurados y llevando el Ponce en la mano una cruz muy preciosa y el Teniente el libro de los Evangelios cubierto de brocado para que sobre cruz y libro prestase el Rey el acostumbrado juramento de guardar los fueros y privilegios de la ciudad. Caminaron así formados desde el Ayuntamiento por las Cuatro Calles, Zocodover abajo, Calle de los Caldereros hasta llegar a la Puerta de Visagra, por donde salieron al campo hasta dar en un arco de triunfo que se había levantado fuera de la puerta. Allí el escribano y su ayudante dejaron la cruz y el libro de los Evangelios y adelantáronse al acompañamiento, con el corregidor, alcalde y alguacil mayores y detrás todos los demás, caminaron un poco más adelante de la Ermita de San Eugenio, al tiempo que el Rey llegaba al mismo sitio.

A la vista del Rey se apearon los caballeros del regimiento y el Monarca detuvo su caballo, y, en nombre de la ciudad, el escribano Ponce de León se acercó al Soberano y dijo: «Sacra católica real majestad rey y señor nuestro: aquí viene vuestra insigne y muy leal ciudad de Toledo a besar los reales pies y manos de vuestra majestad y facer la obediencia y solemnidad que acostumbra en semejantes entradas de reyes y príncipes en esta ciudad. Yo Rodrigo Ponce escribano mayor de esta ciudad por vuestra majestad le suplico me de su mano». Entonces el Rey alargó un poco la mano, el escribano se la besó, y, poniéndose al lado del Rey, le iba diciendo los nombres de todos los que la fueron besando que lo hicieron por orden de categorías, empezando el corregidor y siguiendo las justicias, los regidores y últimamente los jurados. Cabalgó de nuevo el Ayuntamiento por el mismo orden que traía y se trasladó al arco triunfal y allí el escribano y su Teniente tomaron la cruz y el libro de los Evangelios colocando la una sobre el otro para que el Rey jurase, y llegando éste, el Marqués de Falces, como corregidor, se dirigió a él en esta forma:

«Sacra católica majestad: Esta ciudad ha recibido tan gran contentamiento y merced de la que vuestra majestad le face de querer venir a tener su corte y bienaventurados casamientos en esta ciudad que no lo se decir ni significar, y así, conformes a esta voluntad, quisiera tener el aparejo de recibimiento y fiestas, y sino